

Acto por la donación de la biblioteca de Mariano Ruiz Funes Palabras de agradecimiento

MARIANO DEL CUETO RUIZ-FUNES*

Doctor Fernando Serrano, director de la Facultad de Derecho de la UNAM.

Licenciada Margarita Guerra, directora del Seminario de Derecho Procesal.

Compañeros del *presidium*; señoras y señores:

Pido a ustedes disculpen el tono familiar de lo que voy a decir. Gracias.

Las hijas de Mariano Ruiz Funes decidieron que fuera Manola quien representara a la familia en este acto, con unas palabras de agradecimiento para esta facultad por la entusiasta acogida que su director brindó a la iniciativa de donar a esta los libros de la biblioteca familiar que tratan de derecho y disciplinas afines.

Cuando ella me dijo que quería delegar en mí tal honor, me sentí profundamente conmovido y acepté gustoso.

Lamento que no se cumpla mi ilusión de oír a mi madre decir en público alguna de las tantas cosas interesantes que por años nos ha contado en nuestras largas y estimulantes conversaciones sobre el abuelo. El tema nos apasiona y nos deja siempre gratas, aunque tristes sensaciones, así que volvemos a él siempre que podemos, cosa que afortunadamente sucede con frecuencia.

Aunque sé que ocupó el lugar de mi madre y de otras personas con mayores merecimientos para hacerlo, permítanme que les diga algunas palabras sobre este murciano universal y su biblioteca, parte

* En representación de la familia de Mariano Ruiz Funes.

de la cual quedará en adelante albergada por esta noble institución tan ligada a su memoria.

Digo que me hubiera gustado oír a mi madre hablar del abuelo, y particularmente de sus libros porque además del inmenso cariño con que nos ha transmitido su recuerdo, ella ha podido meterializar su devoción por él en encuadernaciones magníficas de casi todas las obras que escribió y de muchas que para él tenían especial significado.

Gracias al talento que mi madre tiene para esta hermosa y complicada artesanía, además del disfrute que depara la lectura de su elegantísima prosa, los libros de Ruiz Funes, transformados por la magia de las manos de Manola en piezas de arte, nos dejan, merced al placer sensorial que nos producen, una riquísima vivencia.

Esta doble comunión con la obra del padre, leyendo y encuadernando, ha sido para ella la manera de tenerlo presente, de seguir a su lado. Esto ha sido así por haber alojado nuestra casa el copioso acervo bibliográfico al morir la abuela, Carmen Montesinos, la entrañable compañera del jurista, sin cuya presencia afectuosa y solidaria, no se entendería al gran hombre

Se instalaron los libros, con todo y libreros, en la habitación que ha sido despacho y laboratorio de mi padre, químico de profesión, creando en el recinto una atmósfera cargada de sensaciones positivas que mis hermanos y yo disfrutamos por años, en la que se sentía la presencia en espíritu del abuelo.

Estos libros que vinieron a parar a nuestra casa son los que formaron la segunda biblioteca, ya que la primera, la que tenía en su casa de la calle de la trapería en Murcia, fue incautada, lo mismo que el resto de sus propiedades al final de la guerra civil española.

En el artículo “Técnicas del deshonor” publicado en la revista cubana *Bohemia* nos dice:

El acoso no se ha circunscrito a la práctica en el exterior de las técnicas del deshonor. Dentro de la patria se nos ha aplicado una forma especial del olvido, borrando nuestros nombres incluso de las publicaciones propias, que han seguido circulando como anónimas... se han confiscado nuestros bienes para cubrir multas astronómicas, pronunciadas por tribunales políticos...

Mi abuelo perdió entonces todos los libros que a lo largo de su vida

—en 1940 tenía 51 años— había ido reuniendo, amén del buen número de ellos que su padre, hombre de gran cultura, le había legado.

De esta biblioteca perdida no volvió a saber, puedo imaginar el terrible dolor que ello le produjo. Hace pocos años, gracias a las pesquisas y gestiones de su hija Concha, se supo que ese valioso acervo de casi seis mil volúmenes no había sido desperdigado ni destruido y era el fondo fundacional del Archivo General de la Región de Murcia.

Allí fueron las hermanas, invitadas por el director, quién les dejó amablemente pasar una mañana entre aquellos libros que tanto había amado su padre. Creo que no olvidarán la intensidad de los momentos vividos al tener en las manos aquellos ejemplares, muchos con cariñosas dedicatorias de los grandes escritores contemporáneos de Ruiz Funes.

Se habló de que podrían conservar aquel tesoro, pero no quisieron las hermanas recuperarlo para ellas, por infinidad de motivos que no es del caso desentrañar en este momento. Decidieron entonces hacer una donación —simbólica, claro— al mencionado archivo, que respondió al noble gesto organizando una exposición sobre la vida y la obra de Mariano Ruiz Funes, complementada por la publicación de tres libros y varias conferencias y mesas redondas, en una de las cuales fuimos honrados con la participación del doctor Fernando Serrano, a quién en este momento quiero hacer patente nuestra gratitud, la de todos los Ruiz-Funes, por las conmovedoras palabras que pronunció en la ocasión.

A raíz de esta toma de contacto con la Murcia revitalizada de hoy, de estrechar preteridas relaciones familiares, de sentir que había un ambiente propicio, surgió la posibilidad, al calor de las expresiones emotivas generadas por el homenaje, de que los libros de la biblioteca mexicana del murciano ilustre fueran a completar el fondo del archivo.

Entonces mi madre, con pesadumbre, se dio cuenta que los queridos libros que le hacían presente al padre habrían de abandonar el hogar; con cada uno de ellos se iría una historia, que desde 1939 en Bruselas y La Panne, en 1940 en La Habana y a partir del 41 en la ciudad de México comenzó a formar parte de una historia mayor, la de la reconstrucción de su biblioteca en el exilio, prácticamente con libros obsequiados por sus autores. Sólo leyendo los cientos de dedicatorias cargadas de afecto y admiración se puede hacer uno cabal idea de cuán querido era aquel hombre extraordinario

Fue ante todo mi abuelo un hombre de ciencia, penalista, que investigó sobre esta disciplina con penetración e inteligencia excepcionales, que escribió libros que por lo que dicen de ellos quienes saben de la materia, lo convierten en uno de los autores de esta rama del derecho más importantes del siglo xx.

La cátedra universitaria fue desde joven una actividad primordial en su vida. Universitario comprometido con los altos ideales encarnados en esta entendió la universidad como un hogar de cultura, en el que inmersos en ella, los estudiantes se prepararan para cualquier disciplina específica con una visión universal del conocimiento

Comenzó muy joven a impartir la de derecho penal en la Universidad de Murcia y poco antes de morir todavía reunió en su casa a sus alumnos de doctorado de la Universidad Autónoma de México para impartir su última lección, en julio de 1953.

Era un gran escritor, y como tal, un gran lector, que además de la literatura de su especialidad profesional, disfrutaba la de lengua española y sobre todo la francesa, que era su gran pasión.

Para él, fue la lectura la actividad más placentera, pues era un hombre de natural sedentario.

Sin embargo, no renunció este espíritu apacible, cuando las circunstancias se lo exigieron, a tomar parte en la vida política del país. Militó en partidos republicanos en los últimos años de la monarquía y con el advenimiento de la República comenzó a ocupar puestos de responsabilidad, desde diputado a Cortes Constituyentes en el 31 hasta ministro de agricultura en el 36, antes de la guerra. Son célebres sus intervenciones en el congreso de los diputados, por su lucidez y su inteligencia, así como por la fina ironía de que hacía gala en ellas, lo que hizo decir a algún congresista conocedor de su apabullante cultura literaria francesa que era una navaja murciana afilada a orillas del Sena.

Al producirse el levantamiento militar que a la postre acabaría con aquella República, consideró que no era el hombre indicado para dirigir una guerra y declinó el ofrecimiento de hacerse cargo de la jefatura del gobierno que le hizo el presidente Azaña el dramático 19 de julio de 1936.

Aceptó, sin embargo, la titularidad en el ministerio de justicia. Él, abolicionista convencido, que había meditado por años sobre la pena y la venganza —un libro suyo, *Actualidad de la venganza*, es conside-

rado un clásico del tema— hubo de vivir la más amarga experiencia imaginable, cuando el desbordamiento de las peores inclinaciones humanas produjo un sinnúmero de fusilamientos, asesinatos y atrocidades de todo género.

Sin embargo hay testimonios de sus esfuerzos por evitar en lo posible esta situación. Al respecto escribió Alfonso Ayensa en *Criminalía*:

En las trágicas horas de la guerra civil, Ruiz-Funes tuvo el comportamiento digno y caballeroso propio de un gran patriota republicano y de un hombre de bien. Enjugó muchas lágrimas, evitó muchos sufrimientos, no sólo no añadió leña a la terrible hoguera sino que hizo cuanto pudo por disipar los odios.

En el desgarrador paso por este ministerio jamás utilizó su poder para favorecer algún interés, ni político ni de otra índole. Diría en algún artículo años después, con su fino sentido del humor: “... a la justicia como a la madre le estorba el adjetivo político.”

En el último año de la guerra hubo de librar en las embajadas la batalla diplomática a favor de su causa. Polonia y Bélgica fueron los escenarios. En el primero poco pudo hacer, el filonazismo del gobierno dirigido por Moscicki reconoció a su correligionario español y Ruiz-Funes hubo de abandonar Varsovia para trasladarse a Bruselas, donde los belgas, no sin dramáticas pugnas internas —el propio monarca, Leopoldo, no ocultaba su simpatía por el golpista Franco Bahamonde—, mantuvieron su reconocimiento al gobierno republicano hasta el final de la guerra, en parte debido a los buenos oficios del embajador español. Allí entregó, con parte de su alma, la representación de aquella admirable y malograda República, para iniciar la angustiosa aventura del exilio, que terminaría al morir en México 14 años después.

Mi abuelo sirvió a la política por un imperativo moral, tenía por suya la máxima de Kant que dice: “No quiero violar en mi persona la dignidad del género humano”, fiel a ella, en consecuencia no obtuvo de su ejercicio político una sola ventaja, antes al contrario, en lo material perdió cuanto poseía, si bien su espíritu conservó una ejemplar dignidad que admiró a cuantos lo conocieron y, en el plano afectivo, empezando por su familia, le llenó de cariño y estimación.

Cuando en el exilio, que llevó con decoro y serenidad ante las

estrecheces y la angustia, fue víctima de ataques e infundios, jamás perdió el temple. En el periódico *Novedades*, en donde hasta su muerte mantuvo su colaboración semanal, a raíz de un golpe bajo, lanzado por un antiguo aliado, dejó estas aleccionadoras palabras:

Ante las agresiones de un mundo hostil y ante la reiteración de sus estupideces crueles, recuerdo el concepto de Flaubert en Bouvard y Pecuchet, la novela sin terminar, porque es interminable, de la estulticia humana: “Lo cómico es el consuelo de la virtud, por lo demás, existe una manera elevada de descubrir la estupidez humana” a ello aspiro. En ese libro desencantado y sonriente que se llama el jardín de Epicuro, ha escrito Anatole France; “cuanto más pienso en la vida humana, más me persuado de que conviene darle por testigos la ironía y la piedad, como los egipcios invocaban a favor de sus muertos a la diosa Isis y a la diosa Neftys. La ironía y la piedad son dos buenas consejeras; la una, sonriendo, nos hace la vida amable; la otra, llorando, nos la hace sagrada. La ironía no se burla del amor ni de la belleza. Es dulce y bondadosa. Su risa calma la cólera y es ella la que nos enseña a mofarnos de los malos y de los imbéciles, a quienes, sin ella pudiéramos tener la debilidad de despreciar”...

Para terminar, quiero leer a ustedes extractos de un sentido artículo de la revista cubana *Carteles* escrito a la muerte de un querido colega cubano. Lo hago porque me parece que son conceptos que bien podrían aplicarse a él mismo.

... Tejera era un fiscal excepcional, un prestigio excepcional y un hombre excepcional, a pesar de su modesta reiteración en ocultarlo. Hacía bien en no decirlo él, pero tenemos el deber de proclamarlo los demás...

... Una amistad cordial, que no nació solamente de la afinidad de estudios, sino de la atracción y calidad del hombre consulto, se fue anudando entre nosotros. Y un día yo salté del mar del Norte al mar Caribe en un viaje forzado... Llegué a La Habana y, abracé a Diego Vicente Tejera en su casa del Vedado, vestido de la alta categoría de magistrado del Tribunal Supremo de Cuba. Y en su gran biblioteca encontré un retrato mío donde yo sonreía. Ese retrato me reveló súbitamente un terrible secreto sentimental: que se me había olvidado sonreír desde que perdí la patria y vine en un barco de carga desde Amberes a Nueva York decidido a abordar la incierta aventura de rehacer mi vida...

...era el maestro de estos jueces letrados que cada día resolvían los difíciles conflictos humanos, que debe desenlazar la justicia, con sabiduría y con prudencia, virtudes señeras del jurisconsulto, según la vieja máxima.

Abierto y cordial, dando al variado espectáculo de la vida las luces de su talento, los frutos de su meditación o el obligado homenaje de su risa buena y generosa... era un gran amigo. Conocerlo y tratarlo constituía un placer, que por la inexorable y aleccionadora ley de los contrastes se aprecia mejor ahora que se le ha perdido.

Lejos de La Habana pienso en el hombre abierto, simpático y efusivo y me recuerdo de su magnífica biblioteca, donde pasaba varias horas diarias, abstraído del mundo, y una vez cumplida su misión de hacer justicia, generosamente empeñado en la alta tarea de explicarla, propagarla y mejorarla. En esa biblioteca, junto a cuantas obras implicaban una aportación importante a los estudios del derecho penal, había otros muchos libros, cuantos necesite el jurista que para cumplir bien su tarea debe estar saturado de humanidades.

De este modo la forma del derecho adquiere la vitalidad de una función. Diego Vicente Tejera fue un hombre ejemplar, dedicado a dar a todos la justicia. No cabe más alto destino. Su biblioteca está vacía y en silencio, como un taller donde el esfuerzo del trabajador que lo animaba ha sido interrumpido por la muerte...

La biblioteca de don Mariano quedó en silencio hace más de 50 años, mejor dicho, quedó sin el trabajador que la animaba, porque siempre ha seguido diciéndonos de su dueño tantas cosas...

Hoy que las ilusiones de sus hijas por tener en la familia un abogado que heredara tanta joya bibliográfica se han desvanecido del todo, cuando han decidido que estos libros que son él, salgan de casa, llevándose aquel espíritu que por años las ha acompañado, han pensado que, en lugar de ir a su entrañable tierra murciana a completar su presencia en el Archivo General, deben quedar en su tierra mexicana, como un acto de justicia, que simboliza cosas muy profundas que por años han meditado.

Así, el alma de don Mariano además de estar cerca de aquella huerta que lo llorara hace más de 50 años, estará también en este hermoso valle, en el que reposa desde entonces, cerca de sus hijas y nietos, en esta facultad que fue su casa.

Muchas gracias.